

“EL MERCADO” Y LA FRÁGIL RETÓRICA LIBERTARIA

The Market

Matthew Watson

Newcastle: Agenda Publishing, 2018, 174 p.

INTRODUCCIÓN

Hace casi una década, José Gabriel Palma planteó el siguiente argumento como parte de un diagnóstico del rezago en el desarrollo del pensamiento crítico en América Latina:

Las defensas maniáticas de las soluciones gerenciales pueden ser muy útiles para tratar temporalmente con problemas vitales como la mitigación de la pobreza y la modernización del estado, pero difícilmente pueden aspirar a convertirse en la fuerza intelectual gobernante de la sociedad. Por ejemplo, no es casualidad que esas defensas maniáticas no hayan llevado a la izquierda neoliberal ni siquiera a la tentación de cuestionar la sabiduría convencional de que en el mundo globalizado actual no hay papel para la agencia humana en la regulación de las fuerzas del mercado. Eso sin duda estaría entrando en un territorio que es simplemente tabú para las ideas dominantes (Palma, 2009, p. 262).

En *The Market*, Matthew Watson, profesor de Economía Política de la Universidad de Warwick, explora dicho debate a profundidad. El libro, en palabras del autor, “se enfoca en el proceso de cosificación, o sobre cómo pasamos de un entendimiento abstracto de una utopía económica a un discurso de política tácito que justifica, y quizás genera un mandato a la existencia de, múltiples males económicos” (p. 7). *El Mercado* es el resultado de una investigación de cinco años que busca precisar el significado de este concepto y su relevancia política contemporánea.¹ Su indagación es sin duda importante, particularmente en una época de descontento frente a la poca capacidad de la teoría económica para esclarecer fenómenos como la gran crisis de 2008 (Herrera, 2017).

¹ El lector interesado puede encontrar detalles del proyecto en el siguiente sitio web:
<https://warwick.ac.uk/fac/soc/pais/research/researchcentres/ipe/rethinkingthemarket/outline/>

DE SMITH A ARROW-DEBREU

La línea argumentativa de Watson consiste en proponer una genealogía del entendimiento de la noción de *El Mercado*, desde los escritos clásicos de Adam Smith, comúnmente presentado como el padre de la economía moderna, hasta el famoso artículo de Kenneth Arrow y Gérard Debreu (1954) sobre la existencia de un equilibrio en una economía competitiva. Dicho tránsito puede tipificarse en tres momentos: i) el desarrollo de un concepto descriptivo (Mk1) (a la Smith), ii) la elaboración de un concepto analítico (Mk2) (a la Marshall, Cournot, Rau y Samuelson) y iii) la concreción de un concepto formal matemático (Mk3) (a la Walras y Arrow-Debreu). Su tesis principal es que tal proceso de sofisticación en el análisis de *El Mercado* (de Mk1 a Mk3) se ha dado a expensas de su relevancia para examinar fenómenos económicos reales. Un indicativo de ello, según documenta el autor, es que, tal como revelarían años más tarde las correspondencias entre editores de la prestigiosa revista *Econometrica*, hubo un esfuerzo fallido por encontrar un economista con las habilidades matemáticas para verificar el razonamiento de Arrow y Debreu. Por esta razón el proceso editorial del artículo tuvo que fundamentarse, en parte, en un acto de fe (p. 97) para publicar la primera prueba de la existencia de *la mano invisible*.

El trazo histórico que propone Watson me hizo recordar anécdotas de mis días como estudiante de maestría en economía. Recuerdo que muchos de mis compañeros físicos y matemáticos expresaban cierta dificultad para entender por qué los economistas dibujan la gráfica de oferta y demanda al revés (muchos incluso inclinaban su cabeza a la derecha cuando miraban el tablero). Me explico: cuando se grafican dos variables, usualmente la que es considerada independiente (i.e. años, días) aparece en el eje de las abscisas (o el eje x), y la variable dependiente (i.e. tasas de crecimiento) en el de las ordenadas (o el eje y). Sin embargo, los autores de los textos introductorios de teoría económica dibujan el precio, que se supone es una variable independiente – pues los define *el mercado* – en el eje y, y las cantidades en el eje x. Para ser justo, los docentes de microeconomía sí llamaban la atención sobre dicha particularidad, pero nunca profundizamos en ello. Una posible explicación a dicha *aberración* matemática sería que quien dibujó por primera vez la famosa cruz de oferta y demanda era poco versado en la materia. Sin embargo, apunta Watson, esa hipótesis ignoraría el hecho de que Alfred Marshall, a quien se le atribuye la autoría original, fue considerado el segundo mejor matemático de su cohorte como estudiante de la Universidad Cambridge.

La alternativa es suponer que el mensaje original de Marshall era diferente al que se interpreta actualmente. Al respecto, dice Watson:

Marshall escribió sobre un proceso económico en el cual la cantidad de un producto en circulación se ajustaba a la diferencia entre lo que los consumidores estaban dispuestos a pagar por el producto y lo que los productores sentían que debían pedirle por este ... El proceso económico [que se presenta en los textos] se enfoca, por el contrario, en los ajustes de precios en lugar de ajustes en la producción ... [E]sto quiere decir que el diagrama de cruz marshalliano puede verse indiscutiblemente marshalliano en las representaciones visuales de los textos, pero, al mismo tiempo, van acompañados de un comentario económico no marshalliano en su énfasis en el ajuste de precios en lugar de un ajuste en las cantidades producidas (pp. 74-75).

Es decir, Marshall consideraba que la variable independiente en el análisis de equilibrio parcial entre oferta y demanda era la cantidad y no el precio (al respecto, ver Scott, 1982). Parecería una diferencia sutil, pero no lo es. La tipología Mk1, Mk2 y Mk3 es clave para hacer dicha distinción. Watson nos recuerda que cuando Smith habló de *El Mercado*, lo hizo en un sentido literal, refiriéndose a un espacio físico en el cual las personas llevaban bienes para ser intercambiados (Mk1). Ello se desprendía, desde luego, del interés de consumidores y productores por satisfacer ciertas necesidades (i.e. comer, vestir). Sin embargo, el éxito de la actividad comercial no dependía exclusivamente de la sumatoria del egoísmo individual, como tiende a interpretarse, sino de cierto esfuerzo empático por ponerse en los pies de la contraparte y así poder llegar a acuerdos. Es decir, según reiteran Pena y Sánchez (2007), “aunque el intercambio [en Smith] se funda en el interés particular ... siempre existe un trasfondo de simpatía o sociabilidad elemental que ayuda a la coordinación previa de las relaciones de mercado” (p. 80). Desde esta óptica, el precio natural del que hablaba Smith no equivale a ese punto óptimo donde coexisten compradores y oferentes en una situación de equilibrio económico (como en la lectura contemporánea del diagrama de Marshall); la intención del filósofo moral escocés era la de describir una situación en la que ambas partes estarían dispuestas a iniciar relaciones de intercambio (p. 23).

Los siguientes saltos analíticos significarían, sin embargo, la transformación de esa idea original. En la primera sección del capítulo 4,

Watson nos recuerda que una gran virtud de Alfred Marshall era su capacidad de síntesis de ideas (incluidas las de los economistas políticos clásicos, como

Smith, y de los marginalistas ingleses del siglo XIX). Como se mencionó antes, a Marshall se le atribuye la primera representación del diagrama cruzado de oferta y demanda, pese a que sus primeros bocetos tienen origen en los desarrollos teóricos de Antoine Cournot y Karl Heinrich Rau.² La intención de Marshall era contar con herramientas visuales para expresar intuiciones económicas básicas a sus estudiantes y no, como lo propusieron algunos de sus colegas, utilizar herramientas matemáticas para estudiar propiedades de estabilidad del equilibrio representado en el gráfico de la cruz (de hecho, en los *Principios de Economía* de Marshall los desarrollos matemáticos quedaron relegados a notas de pie de página). La narrativa que Marshall quiso compartir (donde las partes negociaban precios) era mucho más cercana a Mk1 (o, al postulado de Smith). Sin embargo, su lectura por precursores, como Paul Samuelson, estaba más interesada en un desarrollo analítico propuesto por Cournot. Según Watson

Cournot ..., en contraste [con el postulado de Smith y de Marshall] inició su versión de la curva de demanda declarando que quería expresarla en términos matemáticos, y que, para hacerlo, requería de una 'función *continua*, es decir una función que no pasara repentinamente de un valor a otro, pero que cubriera todos los valores intermedios'. Si pueden imaginar la forma en que es convencionalmente dibujada en los libros de texto como una única línea, esta provee la forma más directa de entender que es una función continua (p. 77).

La profundización en el desarrollo matemático del estudio de puntos de equilibrio implicó, según Watson, conservar la estructura original del diagrama de Marshall, pero cambiar su lectura económica. El *truco* de Cournot consistió en intercambiar variables independientes (de cantidades producidas, a precios), lo cual, argumentaba, supondría una ventaja analítica. Asumir que los agentes económicos son receptores (pasivos) de precios, y no decisores activos frente al valor por el cual están dispuestos a intercambiar mercancías (como en Mk1), reduciría el ruido de la diversidad en el comportamiento humano y favorecería la construcción de funciones continuas sobre las cuales fuese posible aplicar reglas del cálculo diferencial e integral. La fijación matemática de Mk2 implicaría, por tanto, proponer un agente económico que sería una copia de carbón de todos los

² La hipótesis de Watson es que Marshall gozó del privilegio de vivir en un momento histórico en que sus colegas profesionales estaban más dispuestos a ser persuadidos (p. 72).

demás, “y que ninguna persona se distingue de la una a la otra en los efectos independientes que pueden tener sobre el nivel predominante de precios” (p. 78). Para ser justos, Cournot dejó claro que, si el objetivo era dialogar con el mundo real, era importante soportar dicho proceder matemático con base en evidencia empírica. No obstante, sucesores como Fleeming Jenkin y Paul Samuelson – este último con su famosa *teoría de las preferencias reveladas* – lograrían dejar pasar esa leve acotación, persuadiendo a futuras generaciones de economistas que “la teoría nos dice todo lo que necesitamos saber del comportamiento y evita la necesidad de [justificarlo con la] observación [de datos reales]” (p. 81)

El tránsito de Mk1 a Mk2 daría, por ende, las bases para profundizar en la formalización matemática del concepto de *el mercado* (Mk3). Hablamos ahora de los modelos de equilibrio general, cuyo trasfondo conceptual, según enfatiza Watson, se fundamenta en el siguiente razonamiento:

Sobra mencionar que los participantes del mercado son dotados con la habilidad de elegir una estructura de precios a partir de la cual surge una solución al problema de la coordinación de los mercados del sistema a partir del sistema de ecuaciones que describe la economía hipotética bajo investigación. No existen decisiones reales hechas por nadie más que se asume que actúa en esta economía, porque se necesita contar con receptores completamente pasivos de la estructura de equilibrio de precios (p. 102).

A partir de este momento entra en escena Léon Walras, quien en el título de su obra más influyente – *Elementos de economía política pura* – haría explícita su intención de profundizar en el desarrollo de una ciencia económica exacta (Watson, 2005). El reto intelectual desde ese momento era demostrar que el equilibrio parcial marshalliano, aplicado al análisis de una mercancía, podría generalizarse a todas las mercancías producidas y consumidas en una economía. El primer paso consistía, naturalmente, en probar que, en efecto, existe un nivel de precios óptimo que llevará al equilibrio entre oferta y demanda de los N mercados que componen el conglomerado económico de una sociedad. Narra Watson que este esfuerzo marcaría el tránsito de las diferentes ediciones de *Elementos*, en particular por la conclusión a la que llegaría eventualmente Walras (en la edición cuarta, publicada en 1900) frente a la imposibilidad de construir un argumento matemático lógico sobre la existencia de un equilibrio general. En consecuencia, el único camino que le quedó al economista francés para poder avanzar en la reflexión sobre las aplicaciones del modelo consistió *en suponer, y no explicar*, la existencia del aclamado punto de equilibrio (p. 93).

Tomemos un momento para regresar a Mk2, donde se ha invertido la lógica de ajustes en cantidades por una de ajustes en precios. Nuevamente, esto implicaría que en el imaginario del concepto analítico del mercado se dejaría a un lado la descripción de Smith (en Mk1) de relaciones de intercambio donde productores y consumidores pactan un precio justo (para ambas partes) que definiría las cantidades tranzadas. La pregunta, *ad portas* del tránsito hacia Mk3, sería: ¿y quién define la estructura de precios inicial que garantice el equilibrio entre oferta y demanda en los N mercados de la economía? En un mundo de consumidores y productores pasivos y precio-acceptantes, la preexistencia de dicha estructura se convierte en un requisito de entrada para dar inicio a interacciones racionales entre oferentes y demandantes. Ante la imposibilidad de demostrar la existencia de dicho mecanismo inicial (al menos, como fruto de un razonamiento lógico-deductivo) Walras propondría la figura del *subastador*, un ser dotado con un nivel profundo de conocimiento capaz de evaluar todos los posibles escenarios económicos antes de tomar esa primera decisión (p. 101). Esta paradoja, en la cual la existencia del libre mercado depende de cierto esquema centralista de planeación, ha sido resaltada en el pasado por académicos como Cataño (2004), para quien “el modelo de [equilibrio general] carece de la propiedad de la estabilidad y de la descentralización, es decir, no reúne las características esenciales de la ‘mano invisible’ de A. Smith” (p. 199).

Preocupa, por tanto, que en su recuento de eventos históricos Watson visibilice cómo esta última paradoja se mantendría intacta en los futuros refinamientos de Mk3, potenciados por importantes desarrollos matemáticos de la primera mitad del siglo xx, como la teoría de juegos de John von Neumann y John Nash, las teorías de decisión de Abraham Wald y del teorema de punto fijo de Brouwer extendido por Shizuo Kakutani. Pese a la ventaja analítica con que contaban Arrow y Debreu frente a sus antecesores, su demostración de la existencia de un equilibrio general no logró prescindir de la imagen del subastador. Para Debreu, en particular, este hecho significó la más importante crítica del trabajo que los llevaría a ser galardonados con el premio Nóbel (p. 102). Quizás por esta razón, resalta Watson

Ambos tomarían su camino separado luego de su única colaboración para el famoso artículo de 1954 en *Econometrica* ... Arrow se mantendría para siempre intrigado frente al genuino significado económico que pudiera extraerse de la estructura matemática del modelo de equilibrio general ... Debreu, por el contrario, pensaba que la existencia de la prueba daba una solución netamente matemática

a un problema netamente matemático y que este era el único problema frente al cual el artículo de 1954 podía responder ... Una vez había ayudado a resolver el problema de coordinación de manera matemática era hora de buscar otro problema matemático para ocupar sus pensamientos (p. 95).³

UNA NOTA SOBRE LAS IMPLICACIONES DEL LIBRO DE WATSON

Estaríamos obrando con cierta deshonestidad intelectual si tomáramos a la ligera los argumentos de Watson y sus posibles implicaciones para la enseñanza y la praxis de la teoría económica. Incluso existen voces que sugieren reflexionar sobre la pertinencia hoy de los modelos de equilibrio general entre estudiantes que se introducen en el análisis económico (Setterfield, 2018; Moreno, 2018). Para Setterfield (2018), si bien el aprendizaje de las habilidades asociadas con estos puede contribuir a la educación general de un estudiante de pregrado, “el modelo [general] en sí pierde gran parte de lo que importa en la macroeconomía, no captura lo que está sucediendo en la economía y crea falsas impresiones sobre la certeza con la que puede hacer la macro política” (p. 239).

Otros autores han hecho también un llamado a un mayor pluralismo en la enseñanza de la economía (van Staveren, 2015; Parada, 2016), e incluso a la reflexión sobre la importancia de hablar de filosofía moral en el aula de clase. Esto último, sugieren Hausman, McPherson y Satz (2017), en tanto el análisis racionalista deja por un lado principios y valores culturales que tienen efectos causales sobre fenómenos económicos. En lo personal, sería algo más extremista: si es falso que existe un equilibrio general, y si la introducción de las ideas de Adam Smith se fundamenta en arbitrariedades matemáticas, más que en un intento por situar sus argumentos sobre la *mano invisible*⁴ en el contexto del mundo contemporáneo,

³ De hecho, unos años más adelante, el trabajo del propio Debreu con colegas como Hugo Rolf Sonnenschein y Mantel, refutarían por completo la existencia de un único equilibrio, como fue propuesto en el artículo de 1954 (Setterfield, 2018).

⁴ Este es un concepto que también genera controversia en la historia del pensamiento económico. Según Watson (2005) “Smith utilizó esta metáfora solamente dos veces en el trabajo que envió a publicación durante su vida. Sin embargo, en ambas ocasiones no hay nada en el texto original que respalde la interpretación de dinámica de la ‘mano invisible’ que eventualmente encontró su espacio en la [teoría económica]. Smith aparentemente usó la ‘mano invisible’ como una metáfora sobre las fallas del mercado en lugar de, como se asume

se debe considerar seriamente la posibilidad de abandonar (así sea progresivamente) el lenguaje y la retórica analítica del libre mercado como gran fuerza de asignación de recursos en una economía capitalista. Lo anterior, entre otras cosas, como sugiere Watson (2005), porque nos hace entrar en debates no solo binarios, sino falsos (i.e. el mercado vs. el estado; la libertad vs. el proteccionismo estatal, etc.) y que de paso erosionan nuestra creatividad para estudiar los desafíos sociales de nuestra época.

Pese al enorme aporte que hace Watson frente a la genealogía del concepto de *El Mercado*, una crítica que puede hacerse a su trabajo es señalar que hace falta profundizar en las causas concretas (u objetivas) que pudieron llevar al tránsito en las ideas económicas que dominaron diferentes periodos históricos. Tal como reconocen los exponentes del realismo (crítico), las ideas por sí solas no explican la transformación de las prácticas de una sociedad (Marsh, 2009). Estas últimas dialogan, necesariamente, con las condiciones materiales (i.e. el acceso y distribución de recursos, el desarrollo de sistemas productivos, etc.) preexistentes en momentos específicos del tiempo, y desconocerlo implicaría omitir conocimiento relevante para diseñar estrategias que permitan negociar cambios necesarios en los paradigmas sociales dominantes.

JUAN DAVID PARRA HEREDIA
Universidad del Norte

REFERENCIAS

- Arrow, Kenneth J., and Gerard Debreu, "Existence of an Equilibrium for a Competitive Economy", *Econometrica*, 22.
- Cataño, José Felix (2004), "La teoría neoclásica del equilibrio general. Apuntes críticos", *Cuadernos de Economía* 23, No. 40.
- Hausman, Daniel, M. McPherson y Debra Satz (2017), *Economic Analysis, Moral Philosophy and Public Policy*, New York: Cambridge University Press.

comúnmente hoy, una metáfora para un mercado espontáneo y autorregulado" (p. 174). Tal posición es respaldada por autores como Khalil (2000), quien señala que el filósofo escocés mencionó el término 'mano invisible' en solo tres textos y para referirse a barreras de entrada a los mercados internacionales de capital.

- Herrera, Beethoven (2017), *Globalización financiera: banca, regulación y crisis*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia
- Khalil, Elias (2000), “Making Sense of Adam Smith’s Invisible Hand: Beyond Pareto Optimality and Unintended Consequences”, *Journal of the History of Economic Thought* 22.
- Marsh, David (2009), “Keeping Ideas in Their Place. In Praise of Thin Constructivism”, *Australian Journal of Political Science* 44, No. 4.
- Moreno, Álvaro (2018), “¿Se debería enseñar a los estudiantes de economía el modelo de equilibrio general dinámico estocástico (DSGE)?”, *Revista Papeles* 10, No. 19.
- Palma, José Gabriel (2009), “Why Did the Latin American Critical Tradition in the Social Sciences Become Practically Extinct?”, en Mark Blyth, ed., *The Handbook of International Political Economy*, New York: Routledge.
- Parada, Jairo (2016), “Economía pluralista para enfrentar la crisis contemporánea”, *Revista de Economía del Caribe*, No. 17.
- Pena, José, y José Sánchez (2007), “Los fundamentos morales de la economía: una relectura del problema de Adam Smith”, *Revista de Economía Institucional* 9, No. 16.
- Scott, Gordon (1982), “Why Did Marshall Transpose the Axes?”, *Eastern Economic Journal* 8, No. 1.
- Setterfield, Mark (2018), “The Macro Pedagogy Debate: Teaching DSGE to Under-graduates Symposium”, *The Journal of Economic Education* 49, No. 3.
- van Staveren, Irene (2015), *Economics After the Crisis. An Introduction to Economics from a Pluralist and Global Perspective*, Abingdon and New York: Routledge.
- Watson, Matthew (2005), *Foundations of International Political Economy*, New York: Palgrave.